

Capítulo 59 - - Una Solución Sencilla - Una Guía Práctica sobre Hechicería [Libros 1-4, Publicada el 3 de julio]

Sebastian

18 de diciembre, viernes, a las 8:00 p.m.

Damien cumplió su promesa. Aquella noche, le entregó sus planes para mantener vigilada a Tanya Canelo, con notas y diseños de los arreglos mágicos. Había encontrado una pequeña protección que podían grabar en la parte inferior de la puerta de Tanya, la cual alertaría cuando esta se abriera, y también algunos diseños diferentes para un rastreador que de algún modo tendrían que colocar en ella.

Los diseños propuestos para el rastreador no estaban activos, por lo que no requerían hechizos constantes, ni eran artefactos que siguieran funcionando sin la intervención de Sebastien o Damien. En cambio, generaban emisores simpáticos que señalaban el camino hacia Tanya como una brújula, cuando el objeto enlazado se usaba como componente de adivinación.

"Funcionará," dijo Sebastien, revisando las notas de Damien.

Sonrió, pero se peinó nerviosamente. "Mejor lo haría Ana. Ella estudia Artefactería. Probablemente tenga algún diseño que pudiéramos grabar en la suela del zapato de Tanya o alguna otra idea ingeniosa."

Sebastien levantó la vista. "En realidad, esa es una excelente idea."

Damien vaciló. "Ehm, sí, aunque ninguno de los libros que encontré tenía algo así, y no tengo experiencia en diseño de hechizos..." Había una razón por la cual los teóricos y diseñadores de hechizos cobraban muy bien. Era casi tan peligroso como lanzar hechizos sin preparación, aunque no tan glamoroso.

Sebastien señaló un diseño, un disco que estaba tallado y encantado por ambas caras. Después de partirlo en dos, una mitad podía usarse para encontrar a la otra, hasta que lanzamientos repetidos

hicieran que el material se desintegrara. "Vamos a colocarlo en la suela de su zapato. Sus botas tienen un tacón de una pulgada. Podemos abrirlo, insertarlo allí, y luego sellar de nuevo el talón con precisión. Conozco un hechizo para remendar cuero."

"¿Cómo conseguiremos sus botas?"

Sebastien sonrió con fingido descaro. "Ella no las lleva al lavabo."

El rostro de Damien se iluminó con una sonrisa emocionada.

Planearon la Operación Centinela —como Damien insistió en llamarla— aquella noche, y consiguieron un hueso de pata de vaca como material entre los restos de carne en la cocina. Uno de los empleados de la cafetería aceptó dárselo a Damien con gusto.

Juntaron sus poderes lanzando el hechizo de enlace para potenciarlo al máximo. Técnicamente, esa parte no era imprescindible, igual que no se había realizado ningún hechizo de enlace con la sangre de Sebastien para que la policía pudiera usarla para buscarla, pero ese paso adicional facilitaba mucho los hechizos de simpatía. Sebastien partió el disco de hueso en dos, con lanzamientos cuidadosos y repetidos de un hechizo cortante que ella misma había utilizado antes para involucrarse con Damien.

Llevaron a cabo la Operación Centinela temprano a la mañana siguiente, antes de que la mayoría de los estudiantes despertaran, justo cuando Tanya terminaba sus abluciones diarias.

Todo salió sin contratiempos, algo que Sebastien encontró ligeramente inquietante. 'Estoy demasiado acostumbrada a que las cosas siempre salgan mal,' se dijo. 'Ya estoy esperando que pase.' Sin embargo, se aseguró de añadir con un tono irónico: 'Aún hay tiempo para que algo salga mal.' La parte más difícil del plan fue precisamente grabar en la parte inferior de la puerta de Tanya la pequeña protección sin quitarla de sus goznes o ser vista por alguien que caminara por los pasillos, incluso a esa hora temprana.

Por una mezcla de ansiedad y una persistente falta de confianza en Damien, Sebastien quería quedarse en la Universidad durante el fin de semana para seguir vigilando a Tanya, pero la pesada carga de su creciente deuda y su billetera vacía la obligaron a regresar a la casa de Oliver para pasar el sábado y la mayor parte del domingo preparando pociones, dedicando unos minutos en diferentes ocasiones para hacer algunos brazaletes enlazados más.

Mientras estuvo allí, mencionó que poseía un Conducto adicional que podría venderle a Oliver, aunque no mostraba mucho optimismo sobre encontrar pronto un comprador capaz de pagar el celerium a los precios actuales del mercado. "Nuestros taumaturgos ya tienen sus propios Conductos, y la mayoría de nuestra clientela es demasiado pobre para permitirse uno, demasiado ingenua para necesitarlo, o ambas cosas", explicó. Estaba dispuesta a venderlo por menos que en una tienda autorizada, pero su objetivo era obtener la mayor ganancia posible.

Le entregó un sencillo conjunto de brazaletes de protección a Damien y Newton, para que cualquiera de ellos pudiera alertarla inmediatamente si Tanya abandonaba los límites de la Universidad. Le instruyó a Damien que la siguiera y vigilara desde la mañana hasta la noche. "Sé

discreto”, insistió.

Damien frunció el ceño. “Lo sé, me lo has dicho varias veces ya. Prometo que no voy a quedarme allí mirando fijamente y siguiéndola a dos pasos cuando vaya al baño. Crecí en la familia Westbay, Sebastien. Creo que puedo manejarlo”.

“No te pongas irritable, esa es una preocupación válida. Suelas atraer atención sobre ti mismo. No estoy segura de que tengas mucha experiencia en ser discreto”, le replicó.

“Podría decir lo mismo de ti”, respondió, cruzándose de brazos y lanzándole una mirada desafiante.

Ella abrió la boca para contradecirlo, pero él levantó las cejas y ella vaciló. A pesar de no querer admitir que él tenía razón, pudo ver que las pruebas estaban a su favor. ‘La gente de gran envergadura rara vez pasa desapercibida’, se consoló. ‘Quizá necesitan esforzarse más y dedicar tiempo a practicar, aprendiendo a mantener la apariencia de su casi insoportable importancia para no despertar curiosidad o admiración’. Luchó durante un minuto entre un placer perverso por esa idea y la simple verdad de que eso significaba que había fracasado en su verdadero objetivo. “Está bien”, dijo finalmente. “Buena suerte”.

Damien la observó partir con cierta curiosidad, aunque no intentó indagar en sus propios planes, lo cual ella, a regañadientes, valoró.

‘Espero que pronto pueda dejar atrás tantas crisis y vivir simplemente como cualquiera otra estudiante, sin dar pistas a nadie sobre secretos por descubrir.’

Así, tras otra visita al mercado, Sebastien pasó otro fin de semana en la residencia de Dryden preparando pociones para los guardianes del Ciervo. Su nuevo Conducto facilitaba un poco las cosas, y pensó que, con un poco más de tiempo para mejorar su Voluntad, tal vez podría fabricar más de las pociones más sencillas en una sola tanda y así aumentar sus ganancias.

En dos días, ganó aproximadamente cinco monedas de oro más que los intereses acumulados en toda la semana. Era mucho, pero aún no suficiente, y la idea de la deuda que le pendía encima la ponía de mal humor. ‘Si no hubiera pagado a Liza para que hablara con mi padre, todavía tendría al menos cien oro’, se quejaba mentalmente.

Dejó de lanzar hechizos cuando el sol comenzó a ocultarse, horas antes de su reunión con el líder de la banda de la Manada de la Pesadilla, en parte para reservar fuerzas en caso de ser necesario y, en parte, para escuchar la charla de Oliver —que él llamaba “consejo”— sobre cómo actuar y qué tener en cuenta con Lord Lynwood y sus hombres.

“Lo mejor sería que asistieras a la reunión solo, para mantener la apariencia. La Reina Cuervo no necesita escolta, ni por miedo a los enemigos ni para escuchar sus negociaciones”, sugirió.

“Eso esperaba”, aceptó Sebastien. “También pensaba, quizás puedas lanzarme un hechizo de adivinación débil, solo para activar la protección que me hizo Liza, quiero decir. Los efectos en mi cuerpo físico, la dificultad para concentrarme en mí o pensar en mí, podrían ser útiles para

mantener el aura de misterio de la Reina Cuervo y quizás impedir que se fijen demasiado y noten que algo anda mal”.

Oliver la observó con una expresión confundida durante un momento, luego dijo: “Enviaré un mensaje a Katerin para consultarle. Ella no es adivina, pero probablemente pueda manejar algo básico, si eso es todo lo que necesitas. Dudo que le importe.”

Sébastien se encogió de hombros. “Eso también funciona.”

Oliver vaciló, luego se levantó y fue a su escritorio, donde sacó un pequeño paquete y se lo entregó. “Te he traído algo para esta noche. Ábrelo.”

Ella lo hizo y encontró dos adornos con plumas negras y carmesí sujetas a finos filamentos extendidos. Levantó la vista hacia él. “Son bonitos, pero ¿para qué sirven?”

“Son plumas de cuervo. Las rojas han sido blanqueadas y teñidas. Se colocan en tu cabello, detrás de las orejas. Es una especie de tocado. Son comunes entre el Pueblo...” Tosió un poco, con torpeza.

Asintió para mostrar que no se ofendía por haber adivinado su ascendencia, al menos la parte que se mostraba. Su abuelo siempre había estado contento de que no se pareciera en nada a su despreciable padre. “La sangre del Pueblo corre fuerte en ti”, solía decir.

“Pensé que eran apropiadas para la reina de los cuervos, una especie de corona para alguien que no necesita oro ni joyas”, añadió. “¿Quieres que te ayude a colocarlas?”

Sébastien dudó, pero no estaba segura de por qué, así que ella se las devolvió. “Sí, por favor.”

Sus dedos fueron suaves, tocando delicadamente el borde de su oreja mientras empujaba los filamentos en su cabello.

Su piel ardía donde él la tocaba, y los filamentos estaban fríos al deslizarse contra su cuero cabelludo, entrelazándose en su cabello como si estuvieran vivos. Ella se sobresaltó.

Oliver se rió suavemente. “Es un artefacto. Los filamentos mantienen las plumas en su lugar y luego se esconden, de modo que parece que las plumas brotan de tu piel.” Se alejó, evaluándola, y asintió. “Perfecto.”

Su mirada se desvió de la suya. “Voy a mirarme en el espejo.” Corría por el pasillo hacia el baño, donde respiró profundamente varias veces para dominar el rubor frustrante en sus mejillas. “No seas una tonta sin cerebro”, se susurró a sí misma, frunciendo el ceño frente a su reflejo. Se frotó las orejas con fuerza para eliminar la sensación persistente y juzgó el efecto de los adornos de plumas.

En efecto, le daban un aire de misterio, incluso a Sebastien. Podía imaginar que el efecto se realzaría aún más contra su piel ocre y sus pómulos altos como los de Siobhan. Si tan solo sus ojos brillaran en oro o tuviera tatuajes faciales o algo similar, el efecto sería completo.

Tras unos minutos más, asegurándose de estar completamente tranquila —y sabiendo que no volvería a sorprenderse con un rubor— regresó al estudio de Oliver. “Gracias”, dijo. “Ahora cuéntame más acerca de ese lugar que actuará como refugio para mi transformación.”

“Fue la solución más simple, en realidad. Nadie pensará que es extraño que Sebastien Siverling visite ocasionalmente un burdel, y Siobhan Naught encajaría perfectamente entre un grupo de mujeres hermosas y exóticas. Es el lugar perfecto para esconderse a plena vista, usando los prejuicios y asociaciones inconscientes de la gente en su contra.” Le entregó un cuaderno encuadernado en cuero. “Documentos de identidad para una tal Silvia Nakai, que te declara ciudadana de Gilbratha. Silvia trabaja legalmente en la Puerta de Seda y, si le mete la pata con la ley, puede recurrir a su cliente más rico e influyente para que la ayude. Un Lord Oliver Dryden.” Tosió un poco, con incomodidad.

¿Señor? —repitió Sebastien, revisando una vez más la prueba de una identidad falsa.

Se encogió de hombros, apoyándose en su escritorio y cruzando las piernas por el tobillo. —Técnicamente. Es un título extranjero y prácticamente obsoleto, tras la destrucción de mi familia cuando era niño, pero aún me otorga cierto nivel de influencia.

Espero que nunca sea de utilidad, pero gracias —ella pensó en cuánto le habría costado esa identidad falsa, aunque no preguntó.

Mi investigación sobre quién activó la falsa alarma de magia errante no ha dado frutos —ofreció Oliver, cambiando de tema—. Los policías no tienen idea.

Quizá Tanya cometa un error y podamos seguir la pista hasta sus cómplices. Todos cometemos errores eventualmente —admitió en silencio—. Yo misma incluida.

Tienes razón. También tenemos gente vigilando a los Morrow. Eventualmente, alguien cometerá un descuido.

Con la puesta del sol acercándose y poco tiempo para perder, Oliver alquiló un carruaje para llevarla a su destino intermedio.

El cochero le dirigió una mirada cómplice cuando ella descendió a la calle. —Que se divierta, milord.

Ella ignoró al hombre, mirando hacia el enorme edificio de ladrillos blancos cremosos. Sobre la entrada, había un cartel con palabras en lugar de una imagen, como en los barrios bajos donde las tiendas no confiaban en que sus clientes supieran leer. En letras sencillas, decía: «La Puerta de la Seda».

Sebastien entró por una puerta lateral. Dentro, sonaba música suave. La iluminación era tenue, los muebles de madera oscura y suave terciopelo. Un par de chicas descansaban en vestidos de buen gusto pero poco prácticos, cómodas por la chimenea que ardía a todas horas y las piedras calefactoras colocadas bajo el suelo.

Era un burdel de alta categoría, discreto y acogedor.

Sin detenerse a hablar con nadie, Sebastien siguió las indicaciones de Oliver, subiendo las escaleras y recorriendo dos pasillos hasta una habitación privada, cerrada y asegurada con llave.

Las trabajadoras no eran tontas, y probablemente notarían sus extraños movimientos en poco tiempo, aunque no interactuaba con ellas y la pequeña habitación que usaba estaba alejada de las zonas transitadas del edificio. Pero tampoco hablarían con la policía. La clientela era estrictamente confidencial y todas habían hecho votos de silencio.

Sacó una llave y entró. La habitación contenía poco más que una cama bien equipada, pero estaba limpia y conectaba con otro pasillo y escalera, también privada. Se acercó al armario, donde la esperaba un vestido casual pero elegante y sus accesorios.

Se despojó de la ropa de Sebastien, presionó el artefacto de piedra mate y oscura contra su pecho, y volvió a transformarse en Siobhan.

Se contrajo un poco, su cabello creció oscuro y largo, y su piel adquirió un tono ocre. Mirándose en el pequeño espejo del armario, confirmó que sus ojos seguían siendo los de siempre, oscuros y insondables.

Siobhan los observó durante un momento, encontrando consuelo en el vertiginoso cambio que producía. Se movió y flexionó hasta que su cerebro recordó la proporción de sus extremidades respecto al suelo. Luego, se puso el vestido, alisó su cabello y aplicó con cuidado un labial de color escarlata brillante, asegurándose de no mancillarlo.

Le tomó un cuarto de hora preparar y lanzar el hechizo de cambio de color para arreglar la sección de su cabello que Katerin había blanqueado. Lynwood esperaba ver a la Reina Del Cuervo y no a Siobhan, la contratista del Ciervo Verde, o incluso a Silvia, la cortesana.

Dado que anteriormente había tenido problemas con ese hechizo en la clase del profesor Burberry, concentró toda la claridad y voluntad que pudo en su hechizo, logrando que funcionara bien, quizás incluso demasiado bien, dejando su cabello negro tan profundo que parecía tener un brillo azulado.

Finalmente, volvió a colocar los adornos con plumas, admirando cómo se asentaban, conferiéndole una aura de nobleza mística.

Transferió los componentes del hechizo, los diagramas en papel y la identificación de Silvia a su ropa nueva y a su elegante bolso de cuero, mucho menos práctico y espacioso que su mochila escolar. —Moda femenina —murmuró con desdén—.

Cuando salió del burdel, ya no se parecía en nada al joven que solía asistir a la universidad, y lo hizo por una puerta distinta a aquella por la que había entrado.